

—¡Mejor se entiende aquí la dicha que en las cortes! murmuró el joven príncipe mirando con tristeza el macizo edificio cuya puerta se cerraba.

—¡Qué reina pierde Inglaterra! dijo á su vez otro de los embajadores: ¡qué admirable princesa!

—Olvidemos esta interrupcion, dijo María cuando volvieron á entrar en la estancia su esposo y sus hijos, despues de despedir á los embajadores; ¡á la mesa! Las tortas que yo hice ayer están calientes: ¡las viandas, nos esperan! ¡A la mesa, y pensemos sólo en celebrar la venida al mundo del que, rey de reyes, quiso nacer en un pesebre!

María murió seis años despues: su marido la sobrevivió un mes solamente; aquellas dos almas no pudieron separarse.

Sus hijos los acostaron en el mismo sepulcro: era un gran lecho de piedra, ornado de flores, con esta inscripcion:

«AQUÍ REPOSAN LOS ESPOSOS PASTELOT.»

La hija de reyes amó hasta la muerte, y fué fiel hasta la tumba al hijo del pueblo.

XXXII.

No he querido pasar en silencio este tierno episodio, segura de que habrá interesado á mis lectores.

Volvamos ahora á la desventurada reina de Escocia; la de Inglaterra, cansada ya de todas las dilaciones que su miramiento á la opinion general le había impuesto, resolvió acabar de una vez con la infortunada cautiva; la acusó públicamente de haber excitado al Papa para que la excomulgase. María se justificó de este cargo; pero el Parlamento, instruido secretamente por Isabel, pidió que se abriese un proceso contra la desventurada cautiva.

La reina de Inglaterra aparentó negarse á esta demanda durante mucho tiempo; pero al fin dió su consentimiento, y se eligieron cuarenta comisarios, á los que se les concedió el derecho de interrogar y de juzgar á María.

Indignada ésta, se opuso á todo procedimiento, y exclamó:

—Soy reina independiente y absoluta, y nada haré que rebaje la majestad real: mis desgracias no han abatido mi valor hasta el punto de hacerme descender de mi alta clase, y dar cuenta de mi conducta á la Cámara de una nacion extranjera.

Aquel arranque, motivado por la dignidad y la razon, asustó algun tanto á los jueces: sosteniéndose en esto mismo, María estaba salvada; pero Isabel se sonrió, llena de satisfaccion; conocía el carácter débil de su víctima, y esperaba triunfar muy pronto.

Objetaron á María que estaba acusada de traicion contra la reina Isabel; que había querido en-

trar en la revolucion del Norte casándose con Norfolk; que de nada le servía el privilegio de su antigua dignidad, y que su honor exigía que probase su inocencia.

Como la astuta Isabel había previsto, María cayó en el lazo; consintió en comparecer ante el tribunal, y dió así una apariéncia jurídica al procedimiento que, de otro modo, hubiera sido nulo ó poco ménos.

La causa se terminó brevemente en Fontheringay: reunióse en Lóndres la Cámara Estrellada, y pronunció la sentencia de muerte de la reina de Escocia.

Isabel aparentó sentir de una manera extraordinaria tan riguroso fallo: mas secretamente se repartieron grandes sumas al populacho, para que pidiese la ejecucion: las dos Cámaras ratificaron la sentencia, y pidieron á la reina que la hiciese ejecutar al punto.

Cumplíanse diez y nueve años y medio de la cautividad de María cuando se firmó su sentencia: aun era bella, y tan largo cautiverio había purificado su alma de todas las pasiones humanas: su constancia, su paciencia durante el largo periodo de su prision, habían borrado hasta la última huella de sus ligerezas: sólo esperaba en Dios, y la certeza de hallar en una mejor vida la paz que en la tierra no había encontrado, comunicaba á su rostro y su lenguaje una dulzura angélicas.

Cuando recibió la notificacion de la sentencia exclamó, con una especie de entusiasmo:

—No me extraña de que los ingleses, que tantas veces han bañado sus manos en la sangre de sus reyes, traten con tanta crueldad á una princesa descendiente de aquéllos; pero, mártir de mi religion, tengo derecho á los tímbrs de tan glorioso carácter.

Retiróse el dosel de su habitacion, y todas las personas de su custodia fueron eximidas de tratarla con el respeto debido á las testas coronadas; díjosela que en adelante se la consideraría como una persona degradada y muerta civilmente.

—Dios me hadado el carácter augusto de reina, respondió María con calma, y ningun poder humano puede despojarme de él.

Escribió á su prima la reina de Inglaterra una carta llena de dulzura, de nobleza y de resignacion; pedíale en ella que la dejase los auxilios de su capellan hasta el momento de morir y el servicio de sus dos camareras, solicitando además morir en público, para que pudiesen dar fe todos los presentes de que había espirado en la religion católica, apostólica romana, que toda su vida había profesado; rogábale que permitiese á sus criados que disfrutasen tranquilamente las pensiones que, segun su pobreza, les había asignado, y concluía suplicándola enviase á Francia su cuerpo, para que fuese enterrado allí.

Se ignora si Isabel leyó esta carta; pero es lo cierto que negó á María casi todo lo que le pedía.

El jóven rey de Escocia, separado de su madre desde la edad de cuatro años, no hizo, por cierto, lo que su deber ordenaba; educado en la religion protestante y dirigido por los enemigos de María, la había perdido todo cariño y la veía con los colores más negros; no obstante, al saber que se hallaba condenada á muerte, la voz de la sangre se dejó oír en su corazon y escribió una carta á la reina de Inglaterra, en la cual censuraba con la mayor energía el atentado que iba á cometer; la exhortaba á reflexionar en que cubría su nombre de un baldon eterno; decíala que semejante crimen, ultrajando á las testas coronadas, la degradaban á ella misma, y la aseguraba que en cuanto á él, el deber, el amor filial y el honor, le obligarian á enemistarse para siempre con una persona que, sin derecho alguno legítimo, condenaba á su madre á una muerte ignominiosa.

Enrique III de Francia envió tambien á Isabel un embajador, exhortándola á que fuese clemente; pero recordando que María era sobrina de los Guisas, á quienes detestaba, las instancias del embajador, si fueron suficientes á poner á salvo el honor del soberano, no fueron bastante eficaces para impedir la catástrofe.

Muchos príncipes de Europa pasaron notas á la reina Isabel á fin de salvar la vida de María Es-

tuado; todo fué en vano: los ministros de Isabel, conociendo que su soberana ansiaba la muerte de María, opusieron las razones de una política artificiosa, é insistieron en que el trono y la vida de Isabel no podían hallarse en seguridad sino despues de la muerte de María, y se mandó ejecutar la sentencia á la mayor brevedad posible.

XXXIII.

Muchos autores han pintado los últimos instantes de la desgraciada reina de Escocia con vivo colorido; mi pluma acaso no sabrá hacerlo como yo desearía.

Dos grandes señores de la córte fueron enviados á Fotheringay para ser testigos de la ejecucion de la reina, pues ésta se hallaba en aquella fortaleza, y no bien llegaron se presentaron á la prisionera, diciéndola que se preparase á morir á las ocho de la mañana siguiente.

María respondió, con aire tranquilo, que estaría dispuesta, y rogó que permitiesen á sus servidores y á su confesor acompañarla en sus últimos momentos.

—No podemos concederos lo que pedís, respondió duramente el conde de Kent, que era uno de los dos enviados de Isabel; vuestra muerte será la

salvacion de la religion verdadera, así como vuestra vida ha sido su ruina.

María se encogió de hombros y guardó un desdenoso silencio.

Así que se halló sola mandó que adelantasen la hora de la comida, para tener más tiempo de terminar sus asuntos de este mundo, y adelantar su tránsito al otro.

—Quiero comer, dijo, para tener mañana fuerzas y no mostrar una debilidad indigna de mí.

En efecto; comió tranquilamente y consoló á sus domésticos, que no podían ocultar su dolor; cuando terminó llamó á todos sus criados y les pidió perdón por los disgustos que involuntariamente hubiera podido causarles; todos se postraron de rodillas, implorando su bendicion.

María leyó en seguida su testamento; hizo que llevasen el inventario de su guardarropa y de sus alhajas, y al márgen de cada artículo escribió el nombre de la persona á quien lo dejaba; despues distribuyó entre sus servidores el dinero que la quedaba.

En seguida escribió al rey de Francia y al duque de Guisa, á quien había nombrado su ejecutor testamentario, recomendándoles á sus servidores.

Acostóse á la hora de costumbre y durmió dos horas; al despertarse se levantó y comulgó con una hostia consagrada que el Papa le había enviado, y que conservaba hacía mucho tiempo, suplien-

do así en lo posible los auxilios espirituales que la rehusaban.

Al amanecer empezó á vestirse; habíase reservado un traje negro de terciopelo, acuchillado de raso blanco, y dijo sonriendo á sus doncellas:

—Dadme el velo de encaje blanco, pues en un dia tan solemne, debo presentarme con decencia.

Poco despues llamó el cherif á la puerta; las doncellas rehusaban abrir, pero la reina les dijo:

—Todo eso, amigas mias, no servirá de nada; abrid, pues no hay otro remedio.

La fúnebre comitiva apareció y la reina, adelantándose con dignidad, dijo:

—Vamos, señores; estoy pronta.

Al atravesar una antecámara, su mayordomo se precipitó llorando á sus pies.

—Cesa, amigo mio, le dijo la reina; cesa en tus gemidos; mis desgracias van á concluir: en la tierra todo es vanidad; muero fiel á mi religion, perdono á mis enemigos, y voy á hallar la paz de Dios en el seno de Dios; dí á mi hijo que se acuerde de su madre; ¡adios! Tu reina se recomienda á tus oraciones.

Los comisarios consintieron en que acompañasen á María cuatro criados y dos de sus doncellas; llegaron á un salon donde se había levantado un cadalso, cubierto de luto, y María miró sin terror á los dos verdugos; oyó la orden de su ejecucion en silencio; un ministro protestante quiso hablarla,

pero ella le dijo:—dejadme, he nacido, he vivido y moriré en mi religion.

En seguida recitó en voz baja el oficio de la Virgen; pidió á Dios en voz alta y en inglés que tuviese piedad de la Iglesia y que velase sobre su hijo y sobre la reina Isabel.

Empezó á desnudarse, con la ayuda de sus doncellas, y suplicó á los presentes que la excusasen por el estado poco decente en que la era forzoso aparecer; el verdugo se arrodilló para pedirle perdón, y ella le dijo:

—Te perdono con buena voluntad, como deseo que Dios me perdone á mí.

Cuando los servidores de la reina la vieron pronta á poner la cabeza sobre el tajo, empezaron á lanzar gritos dolorosos. María se volvió hacia aquel lado; puso un dedo sobre los labios y les dijo:

—Me habeis ofrecido no turbar mis últimos instantes; cumplidme vuestra promesa; recibid mi bendicion y orad por mi alma.

La reina de Escocia, vestida con un brial blanco, con su hermoso cabello rubio recogido en trenzas, estaba admirablemente hermosa; los años no habían quitado á aquella figura delicada nada de su esbeltez, nada de su gracia aérea é inmortal; arrodillóse y apoyó blandamente la cabeza en el tajo, recitando en voz alta el salmo latino:

—En tus manos, Dios mio, encomiendo mi espíritu.

El verdugo temblaba de tal modo, que al descargar el hacha no la privó de de la vida, causándole sólo una gran herida; el segundo golpe, tan mal dirigido como el primero, la causó otra herida, y la cabeza no cayó hasta el tercero.

La ilustre y desgraciada víctima lanzó dos lastimeros gemidos; estaba sin duda decretado por el cielo que recibiese un golpe por cada una de las coronas que había ceñido.

Inmediatamente que cayó aquella regia y bella cabeza fué cubierto el cuerpo con un velo negro, y al dia siguiente, por orden de la reina, abierto y embalsamado.

La feroz Isabel quiso que sus anatómicos inspeccionasen el real cadáver de María, para que le describiesen la configuracion de aquel bello y hechicero cuerpo, de que durante tantos años tuvo mortal envidia, y en tanto que esto se hacía mandó exponer la cabeza de la víctima en una de las ventanas de palacio, á la pública contemplacion.

Tal fué el fin de aquella bella y adorable mujer que se llamó María Estuardo; si su primer esposo, el delfin de Francia que la adoraba, hubiera vivido; si ella no hubiera dejado el trono de Francia, seguramente hubiera sido una de las más virtuosas princesas del mundo.

Si al volver á ocupar su corazon hubiera hecho donativo de él á un hombre digno, de carácter firme y elevado, que se hubiera hecho amar y res-

petar de su mujer, ésta no se hubiera hecho culpable de sus ligerezas; pero las circunstancias la fueron llevando al borde del abismo, y la extrema sensibilidad de su corazón y la dulzura de su carácter, la empujaron á él.

María Estuardo estuvo muy lejos de ser una mujer virtuosa, pero fué una mujer más desgraciada que culpable, y supo soportar su largo martirio con heroica resignacion y fortaleza cristiana.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

SANTA TERESA DE JESUS.

VÍRGEN, DOCTORA Y FUNDADORA.